

ser viviente ó de causar daño al fuego, que tiene también el don de vida; de forjar hierro, porque las chispas perecen en el aire. Y si infringen una de esas mil prohibiciones, pierden el beneficio de sus maceraciones anteriores y recaen al último de los infiernos para comenzar de nuevo la terrible peregrinación terrestre¹. La necesidad de certidumbre en la adquisición, sea de una reencarnación feliz, sea de la salud del alma eterna, lleva al budhista como al católico á establecer su libro de cuentas, á clasificar el valor positivo ó negativo de sus diferentes actos, á numerar, á tasar sus pecados y sus buenas obras según su importancia, á tener á la vista por medio de cifras exactas las faltas y las expiaciones. Tantas oraciones especiales bastan para contrarrestar y, por consiguiente, rescatar tal incumplimiento del deber religioso; tantos rosarios rezados corresponden exactamente á tantos malos pensamientos. Entre ciertos budhistas chinos, los méritos y los deméritos están tasados estrictamente; el mérito de dar libertad á un pájaro se anula por el demérito de haber desenterrado un insecto en invierno; los cien méritos que vale el cumplimiento de una promesa de matrimonio con una joven pobre se destruyen por los cien deméritos que castigan al hombre culpable de haber comido buey ó perro.

Con tal régimen se detienen forzosamente toda iniciativa personal, lo mismo que toda influencia política de conjunto: la nación llega á ser completamente nula en el equilibrio del mundo. Hasta el país se despuebla en Mongolia y en el Tibet, donde hay distritos en que la cuarta parte, la tercera y aun la mitad de los habitantes han tomado el hábito y el bonete de monje. Libikow² afirma — lo que parece muy dudoso — que la población tibetana, reducida actualmente á tres millones de individuos, ha disminuído unas nueve décimas partes por efecto de la claustración general y de las epidemias, consecuencia de una falta de energía vital. No es extraño, pues, que esas extensas comarcas del Asia central pertenezcan de antemano á los conquistadores que se presenten. En otro tiempo, tributarios de los Chinos, los Mongoles se apresuran á hacerse vasallos

¹ Colquhoun, *Amongst the Shans*; — Hallert, *A thousand Miles on an Elephant*; citados por A. H. Keane, *Man, Past and Present*, p. 210.
² *Visite de Lhassa en 1900*.

de Rusia, y los Tibetanos, á quienes tan fácil sería defenderse, puesto que cuentan como aliados con el suelo y el clima, se preparan también, como animales estúpidos, á doblar la cerviz ante el yugo del nuevo dueño. ¿Qué fuerza de resistencia puede ofrecer un pueblo donde un viajero que explora el Tibet puede permitirse comprar un templo con todo su sagrado mobiliario y todo su personal de sacerdotes y oficiantes, presentándose como un budha encarnado en las regiones occidentales¹?

El trabajo es demasiado intenso en China y la nación está hartamente bien adiestrada atávicamente en la conservación de los cultivos, para que los monjes holgazanes no sean generalmente



Cl. P. Sellier.
TORO DE MYSORE (MAISSUR), INDIA MERIDIONAL
tallado en una roca aislada.

despreciados. En aquellas comarcas el budhismo ejerce su influencia por la superioridad de su doctrina, y las ideas de solidaridad y de benevolencia universales reemplazan en la enseñanza á la rutina del pecado. En el Japón, donde el impulso de la nación tampoco permite el dominio de una religión puramente soñadora y contemplativa, lo que queda del budhismo se ha transformado en una moral de afecto poético hacia la Naturaleza, los hombres, los animales y todo lo que existe². Entre los Cinghaleses y los Barmanes, los budhistas más fieles á la antigua práctica de la igualdad y de la libertad moral absoluta, la tolerancia recíproca es verdaderamente perfecta. Jamás se permitirá nadie criticar las maneras de obrar ni las ideas de su prójimo³. Pero ¿qué es eso más que la muerte del pensamiento?

Bajo diversas formas todas las religiones evolucionan hacia la

¹ L. Austine Waddel, *The Buddhism of Tibet*.

² Lafcadio Hearn.

³ H. Fiedling, *The Soul of a People*.

desaparición del dogma que las diferencia y que las hace mutuamente intolerantes, debido á que ha entrado en el mundo una nueva fuerza, primero en la mente de algunos matemáticos, naturalistas y filósofos, después obligando á sus discípulos á la reflexión y apoderándose poco á poco de una parte considerable de la sociedad. Esta fuerza es la que da el conocimiento del número y de la medida, trayendo consigo más precisión en el pensamiento, más método en los razonamientos, más ponderación en los consejos, y, por consiguiente, mayor equilibrio moral. El lugar que la religión, es decir, el miedo, la ilusión, el vago ideal, ocupaba en el «alma», es ocupado en proporción creciente por la serenidad de la razón, por el «libre pensamiento». No hay duda que ese trabajo de eliminación y de sustitución se hace muy gradualmente, y que la evolución histórica no es perceptible para las gentes de cortos alcances que no saben comparar las cosas de los siglos anteriores, pero las transformaciones no dejan ni dejarán de producirse. Los odios religiosos sostenidos tan fervorosamente por las generaciones sucesivas durante el largo curso de las edades, persisten en muchas almas que aún sueñan con persecuciones, con degüellos y con la combustión de víctimas á fuego lento, pero los hijos de los antiguos perseguidos, dispuestos hoy á defenderse, han obligado á sus enemigos á moderar la intemperancia del lenguaje tradicional, y, por un fenómeno de reacción inevitable, las costumbres, como las palabras, han acabado por acomodarse al nuevo medio.

Algunos teólogos ortodoxos, que, en plena sociedad moderna, son como los «testigos» que dejan los cavadores en una llanura nivelada, sostienen, sin embargo, con ferocidad la doctrina constante de la Iglesia, relativa al castigo de los herejes: de ese modo puede la historia contemporánea establecer útiles comparaciones entre el presente y el pasado. El jesuíta de Luca, profesor en la Universidad vaticana de Roma, en su libro de jurisprudencia eclesiástica, publicado en 1901, se expresa como sigue: «La autoridad civil debe aplicar al hereje la pena de muerte, por orden y á cargo de la Iglesia: en cuanto la Iglesia le ha entregado el hereje, éste no puede librarse de tal pena. Incurren en ella, no sólo los que han renegado de su fe, sino también aquellos que han mamado la

herejía con la leche materna y persisten en ella con tenacidad, lo mismo que los reincidentes, aunque quieran convertirse de nuevo». ¿No se ha visto aún en 1898, el 17 de Julio, al catolicismo oficial representado por los más altos dignatarios de la Iglesia celebrar con solemne pompa el recuerdo de un auto de fe de cinco Judíos, quemados, después de atormentados, en una plaza de Bruselas? So pretexto de congreso eucarístico y de una fiesta arquitectónica, la Iglesia, después del transcurso de cinco siglos, se ha declarado solidaria de un abominable crimen, producto de la más ridícula ignorancia, porque aquellos Judíos estaban acusados de haber acuchillado unas hostias de las cuales manó la sangre del Hombre Dios. En nuestros siglos de paz, á pesar de la pretendida separación de los po-



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

BÓNZO ANNAMITA

deres, los tribunales y las administraciones se ponen de muy buen grado al servicio de la Iglesia para condenar á sus enemigos. El *Index* de Roma suele encontrar eficaz apoyo entre los jueces civiles. Así se ha visto que el *Testamento* del cura Meslier, que el Parlamento de París condenó al fuego antes de la Revolución francesa, fué también destruido medio siglo después, como «atentatorio á la moral política y religiosa», por el tribunal correccional del Sena (1824), por la Audiencia del Norte (1835), por el Tribunal real de

Douai (1837), por la Audiencia de Vienne (1838). Los poderes establecidos gustan de prestarse recíprocos servicios á expensas del enemigo común, el hombre libre que piensa libremente. La Inquisición, ese tribunal de sangre encarnizado contra toda novedad, se tiene por inmortal lo mismo que por infalible. Torquemada parece muerto, pero todavía sus huesos se agitan en la tumba.

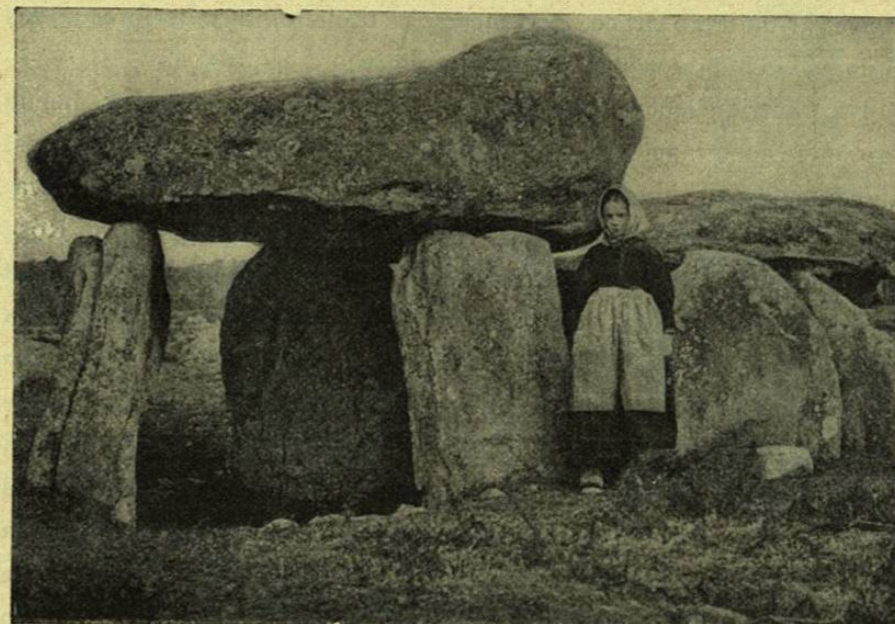
Asombra el hecho de que ni una de las antiguas religiones ha desaparecido completamente. Con más ó menos actividad, todas viven, siguiendo el mismo ceremonial que hace miles de años. En la Gran Bretaña, durante la noche que precede al 21 de Junio, los habitantes de los pueblos inmediatos á la llanura de Salisbury se reúnen alrededor del circo megalítico de Stonehenge — al menos lo hacían aún recientemente —, y, en tiempo favorable, cuando el horizonte oriental queda libre de toda nube ó niebla, esperan religiosamente la salida del sol. Los que se hallan en medio del recinto, sobre la piedra central del altar, ven un instante el globo como en equilibrio sobre la punta de la peña llamada Friar's Heel, «Talón del Fraile». Se nos dice que en 1895 el espectáculo de la aparición fué de una rara belleza¹. Un literato escocés, William Sharp, refiere² haber asistido, siendo joven, hacia 1860, á la inmolación de un carnero al solsticio de estío; la ceremonia tenía lugar en la cima de una elevada montaña al norte de Escocia, y el pastor que hacía el sacrificio pronunciaba palabras en una lengua que no era ninguna de las habladas en nuestro siglo en el país.

En los Alpes y en la Bretaña francesa se verifican todavía ceremonias análogas, sin que el cura católico se oponga, y hasta acepta, en todo el mundo antiguo pagano convertido en cristiano de nombre, el papel de mago, para ir, seguido de la procesión de fieles, á bendecir los campos, para expulsar de ellos las malas hierbas, los gusanos, las tempestades y toda huella de pata hendida. En los casos graves, si Dios y sus santos no se muestran favorables, no teme recurrir al Diablo y á sus ángeles; porque el creyente en las potencias sobrenaturales lo que quiere sobre todas las cosas es ver satisfechos sus deseos, y es justo que después de dirigirse inútil-

¹ *Nature*, Junio, 29, 1899, ps. 204, 205.

² *Nota manuscrita.*

mente á la divinidad del día, recurra al señor de la noche. Todavía en Ardenas, al final del siglo XIX, los jóvenes que temían que les tocara la suerte de soldado practicaban «novenas de noche», siguiendo cuidadosamente al revés el camino de la procesión; también hacían el signo de la cruz en sentido inverso. Las demás ceremonias deben hacerse también al revés para que resulten «magias». Las cosas santas conservan su virtud, pero en razón de la



CARNAC — DOLMEN DE MANÉ-KERIONED

Cl. Z. Le Rouzic.

profanación que se les hace sufrir. ¡La blasfemia equivale á la oración!¹

Uno de los errores más generalizados consiste en imaginarse que los cambios religiosos intensos corresponden á los cambios de nombres adoptados por los cultos sucesivos. Frecuentemente las formas de los amuletos y otros objetos de piedad no se modifican; las fórmulas idénticas se musitan siempre en la misma lengua sagrada, los lugares de peregrinación continúan siendo los mismos, las ceremonias se celebran para los mismos votos é idénticos géneros de

¹ Marie de Villermont, *Revue Mauve*, 1899.

curación, la civilización rutinaria no ha cambiado lo más mínimo, y, no obstante, los individuos antes clasificados como paganos se cuentan actualmente entre los cristianos; se les llamaba budhistas y hoy son sivaítas ó mahometanos. Hasta cuando nuevos símbolos han reemplazado á los antiguos, cuando se hace entrar en la memoria signos mágicos ó palabras cabalísticas reputadas como más eficaces, el fondo de la rutina queda intacto en la mente de los tardíos de pensamiento¹. La mayor parte de las preocupaciones, como la relativa al número trece, pertenecen á tradiciones anteriores á las religiones «en ejercicio» y les sobreviven.

Esta subconciencia religiosa, que no se nota al exterior, puede despertar repentinamente en grandes períodos de perturbaciones. Todo fanatismo religioso puede llegar hasta la locura colectiva, hasta destruir los sentimientos naturales. Refiere el general Rosignol en sus *Memorias* que se le presentaron cincuenta mujeres en el cuartel general de Jalais, cerca de Angers, llevando cada una dos niños en brazos. — «Señores Azules, nos dijeron, nos han dicho que venís á comer nuestros hijos; nosotras os los traemos; comedlos»². Aquellas madres fanáticas contaban con la resurrección de sus hijos á los tres días y querían hacerla más gloriosa por el sacrificio. Y, no obstante, la guerra de la Vendée no era una guerra religiosa más que de rechazo; era determinada únicamente por ese odio á las creencias opuestas que coloca el furor guerrero bajo la sanción especial de la divinidad y de sus santos. Además, hasta en plena paz, cuando nada parece preparar la explosión de furores fanáticos, suele surgir tal lector de la Biblia, tal evocador de visiones para realizar actos atroces, ordenados por voces misteriosas. No pasa año sin que las recopilaciones periódicas refieran matanzas hechas por algún nuevo Abraham á quien el Señor haya impuesto el sacrificio de un nuevo Isaac, ú otro Josué encargado de exterminar enemigos de Dios. ¿Qué religión puede considerarse indemne de semejantes crímenes? Cada una tiene sus asesinatos rituales, y sería tan contrario á la verdad declarar esos crímenes imposibles como hacer responsables de ellos á todos los que en

¹ P. Lavroff, *L'idée du Progrès dans l'Anthropologie*.

² *Revue Blanche*, 15 Septiembre 1895, p. 272.

un país profesan una fe determinada. En este concepto, la historia de las sectas rusas, cristianas ó judías, está llena de enseñanzas. Hasta puede sospecharse que tales atrocidades cometidas en las revoluciones puramente políticas proceden del viejo fondo autoritario de las antiguas religiones; ¿qué crímenes no pueden cometerse en nombre de Dios?

Por su esencia misma, las religiones, incluso el catolicismo que se dice «flexible» porque se esfuerza en dominar los caracteres, van retrasadas en su evolución. Abrumadas por su enorme bagaje de supervivencias de los tiempos inmemoriales, obligadas á atenerse á las antiguas fórmulas para justificar su pretensión á la infalibilidad, dejándose adelantarse siempre por las conquistas de la ciencia, se dedican fatalmente á combatir ante todo lo que cien años después se verán obligadas á admitir tácitamente ó hasta predicar. De tal manera forman la retaguardia de las naciones modernas, que hasta rehusan aceptar las nuevas situaciones que podrían serles útiles. Así es como el Papado, forzado por los poderes



Cl. H. B. Guppy.
FIGURA DE DIOS EN LA POPA
DE UNA CANOA MELANESIA

civiles á volver á ser una potencia puramente espiritual, no ha querido comprender cuán ventajoso le sería librarse para siempre de sus indignos compromisos con los Estados, aboliendo tratamientos y privilegios, disponiendo más que nunca de la majestad divina á los ojos de los fieles (1905). Esta heroica intransigencia fué apenas indicada por alguna actitud pasajera, por algunas palabras que se llevó el viento, y los pontífices continuaron negociando lastimosamente lo que les quedaba de poder temporal, para conservar sus lucrativos concordatos con los diversos gobiernos, obrando como príncipes y como capitalistas, aunque suponiéndose «prisioneros».

La conservación de los privilegios se alía tan bien con la de los viejos dogmas, que instintivamente, cuantos se sienten amenazados por los progresos de la razón en los movimientos populares